

Carlo M. Cipolla, A. Bernardi,  
M. I. Finley, C. Diehl, P. Vilar,  
J. H. Elliott, B. Lewis, C. R. Boxer

# La decadencia económica de los imperios



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *The Economic Decline of Empires*

Traducción autorizada de la edición original en inglés publicada por Routledge, un sello de Taylor & Francis Group. Todos los derechos reservados

Primera edición: 1973

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Foto: Fragmento de rostro en el Auditorio de Mecenaz, Roma

© ACI / Bridgeman Images / Mark Edward Smith

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Introducción: 1970 by Carlo M. Cipolla

© de la presentación: José Antonio Martínez Torres, 2022

© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1973, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-666-6

Depósito legal: M. 226-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Presentación, por José Antonio Martínez Torres  
19 Agradecimientos
- 21 Prólogo
- 23 1. Carlo M. Cipolla: Por una teoría general de la  
decadencia económica
- 46 2. Aurelio Bernardi: Los problemas económicos  
del Imperio romano en la época de su decadencia
- 145 3. M. I. Finley: La mano de obra y la caída de  
Roma
- 157 4. Charles Diehl: La decadencia económica de Bi-  
zancio
- 173 5. Pierre Vilar: El tiempo del *Quijote*
- 196 6. J. H. Elliott: La decadencia de España
- 239 7. Carlo M. Cipolla: La decadencia económica de  
Italia
- 264 8. Bernard Lewis: Algunas reflexiones acerca de la  
decadencia del Imperio otomano
- 294 9. C. R. Boxer: La decadencia económica de Ho-  
landa
- 339 Bibliografía



## Presentación

### La aventura de leer (o releer) un «clásico» libro de historia

¿Tiene sentido la reedición de un libro de Historia que cuenta con algo más de cincuenta años de antigüedad? Esta retórica pregunta exige un tajante sí por respuesta. Y es que *La decadencia económica de los imperios* (en adelante *LDEI*), editado primero en lengua inglesa, es uno de esos libros que gozan de la condición de clásicos en el sentido más amplio de la palabra, aquel que le proporcionaba Italo Calvino cuando afirmaba que clásicas eran aquellas obras que nunca acabábamos de releer. «Un clásico –insistía Calvino– es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir»<sup>1</sup>.

Carlo M. Cipolla, el compilador de los ensayos que dan forma a este volumen, y de quien por los azares del destino este 2022 se cumple el centenario de su nacimiento, no es desconocido para el público general. Au-

1. Italo Calvino, *Por qué leer a los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1993.

tor de otras clásicas obras como *Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea, 1400-1700* (1967), *Allegro ma non troppo* (1991) o *La odisea de la plata española* (1999), Cipolla fue uno de los historiadores más completos y leídos de su generación. Un auténtico humanista *avant la lettre*, lo que le llevó a ser requerido para dar clases de historia económica en importantes universidades de Europa y Estados Unidos. Especialista en transformaciones demográficas, crisis económicas y financieras, supo justipreciar como pocos de sus colegas el impacto de los «descubrimientos geográficos» realizados por los navegantes portugueses y españoles durante los siglos XV y XVI. De la misma manera, reflejó en sus escritos el papel que, en el marco del controvertido proceso civilizador europeo, llegaron a representar algunos adelantos científicos y técnicos. Sin embargo, lo que más sorprende de este hombre equivocado de época de nacimiento (la expresión la he tomado prestada del editor Gonzalo Pontón) es su obsesión por comprender cómo llegaron a afectar a los hombres y mujeres los procesos históricos relatados en sus libros, alrededor de dos docenas, traducidos mayoritariamente a las principales lenguas. Sus contribuciones en algunos de los campos de trabajo mencionados, desde una original y certera perspectiva analítica de estudio (conjugación de la escala micro con la macro o global), le hicieron merecedor en 1995 del prestigioso Premio Balzan de Historia<sup>2</sup>.

2. Gonzalo Pontón, «Allegro molto sostenuto», en *El País* (28 de septiembre de 2000).

En esta sobresaliente empresa intelectual colectiva que es *LDEI*, y cuyo propósito final es comprender el proceso por el cual algunos imperios (Roma y España, sobre todo) se hundan y no se levantan, a Cipolla le acompañan otros profesores universitarios de no menor talla en el campo de la Historia, tal es el caso de Aurelio Bernardi, Moses Finley, Charles Diehl, Pierre Vilar, John H. Elliott, Bernard Lewis y Charles R. Boxer. Desgraciadamente, la mayor parte de ellos murieron hace algún tiempo. Sin embargo, nos quedan sus obras, auténticos torrentes de sabiduría donde deberían saciar su sed de conocimientos las nuevas generaciones de científicos sociales, atentas en muchos casos a temáticas de rabiosa actualidad, pero desconocedoras de los debates que originan aquellas.

Sintetizando mucho las tesis de algunos trabajos que conforman *LDEI*, Aurelio Bernardi indica, a propósito del Bajo Imperio romano, y en una senda explorada con mayor detalle por Peter Brown (*El mundo de la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, 1971), que no hubo caída de la Roma imperial, sino transformación o metamorfosis. Es cierto que, los siglos III y IV d. de C., si los comparamos con la época de la República o con el tiempo de los emperadores que sucedieron a Augusto, se observa cierta dejadez en las labores agrícolas y ganaderas, pero también no es menos verdad que asistimos a un desarrollo del comercio con Asia Menor. La arqueología actual así lo ha constatado, demostrando además que, como consecuencia de la circulación de oro, plata y otras mercancías de valor, surgen nuevos estilos de vida aristocrática, sobre todo en las provincias. Tal aspecto manifiesta que las cosas no se han derrumbado tanto como

tradicionalmente admitía Edward Gibbon y otros historiadores clasicistas que siguieron la estela de su influyente *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* (1776-1788). Es más, este periodo asiste al desarrollo de la alta cultura: se creó la lengua clásica de la filosofía a través de la cual el Renacimiento redescubriría a Platón. La negativa percepción que aún tenemos de la caída del Imperio romano –deudora en no pocos aspectos de la película dirigida por Anthony Mann del mismo título, así como de otras inspiradas en ella, pero no tan cuidadas– se completa aún más si le añadimos la imagen del saqueo y pillaje de la ciudad de Roma por enfebrecidas hordas invasoras de pueblos bárbaros procedentes de Germania. Esta mirada anacrónica y constante nos lleva a falsear el pasado, pues, como se sabe, la búsqueda del reflejo de nuestra propia imagen nos conduce al camino de la xenofobia, el oscurantismo y la intolerancia.

Sobre el esplendor y declive de algunos de los principales imperios europeos de los siglos XVI y XVII se ha escrito mucho y en variados idiomas. Desde después de la Segunda Guerra Mundial, y como influencia del marxismo y el estructuralismo en los estudios económicos y sociales, los historiadores han echado mano de curvas de frecuencia para explicar subidas de impuestos, descensos en los nacimientos y mortalidades elevadas, fenómenos todos ellos más o menos comunes, según estados, durante el periodo de crisis económica y política que atravesó Europa en el siglo XVII<sup>3</sup>. Sin negar que tales he-

3. En 1954 Eric J. Hobsbawm publicó el famoso artículo que iba a iniciar la controversia sobre la crisis general del siglo XVII, originalmente titulado



ramientas de análisis han sido útiles, lo cierto es que en este debate historiográfico se han confundido síntomas y causas. Y lo que no es menos importante, se ha puesto un mayor acento en los procesos de ruptura y no tanto en aquellos esfuerzos de permanecer. Esta atractiva hipótesis (Theodore K. Rabb: *The struggle for stability in early modern Europe*, 1975), que intenta relacionar los argumentos sobre la crisis económica y política con las inquietudes estéticas e intelectuales de la Europa barroca, lo cierto es que no ha tenido la aceptación deseable. No obstante, si algo hemos sacado en claro de la controversia sobre la crisis europea del siglo XVII, es que, con las conclusiones disponibles, no podemos generalizar.

La Historia está llena de paradojas y, como observamos en *LDEI*, el caso de la España de finales del siglo XVI y primera mitad del XVII es arquetípico, pues coincide el periodo de depresión económica y política con el momento de mayor esplendor cultural, el de la publicación del *Quijote* de Miguel de Cervantes y otras inmortales

«The General Crisis of the European Economy in the Seventeenth Century» –cambiado por «The Crisis of the Seventeenth Century»– en la antología de Trevor Aston (*Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, 1965). Este trabajo es una importante contribución a un debate marxista sobre el proceso de la transición del feudalismo al capitalismo, reabierto por la aparición en 1946 de los *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* de Maurice Dobb y las publicaciones de Christopher Hill que describían la Revolución Inglesa de 1640 como una revolución burguesa que despejaba el camino al desarrollo de Inglaterra a una sociedad capitalista. Un enriquecedor contexto de esta disputa intelectual lo encontramos en Francesco Benigno, *Espejos de la revolución: conflicto e identidad política en la Europa moderna*, Barcelona, Crítica, 2000. Y una bibliografía completa del debate se puede consultar en Philip Benedict y Myron P. Gutmann (eds.), *Early Modern Europe: From Crisis to Stability*, Newark (Delaware), University of Delaware Press, 2005, pp. 25-30.

obras literarias y pictóricas a cargo de Lope de Vega, Calderón, Velázquez y Murillo. Más aún, a diferencia del drama económico, político y social que se vive en la metrópoli, en las colonias de América se produce cierto empuje, lo que demuestra que existieron coyunturas opuestas y distintas<sup>4</sup>. Pierre Vilar y John H. Elliott, dos gigantes de la historiografía moderna española, se encargan de explicar algunas de las razones del fracaso hispano. Ambos autores advierten que el Imperio español fue capaz de crecer y desarrollarse, pero sin hacer grandes innovaciones en el proceso económico. El aflujo de metales procedente de la expansión y conquista de América produjo cierta estimulación de la demanda, pero no pudo evitar que España, como se decía en esta época, se convirtiera en las Indias de Europa. Sin embargo, en esencia el país no cambió y siguió siendo una sociedad militar imbuida por un ideal medieval de cruzada. Críticas a esta contradictoria situación no faltaron, y Vilar y Elliott ilustran en sus trabajos algunas de ellas contextualizando los remedios propuestos por arbitristas como Martín González de Cellorigo en su *Memorial de la política necesaria y útil restauración de la república de España*, 1600. Las investigaciones de Vilar y Elliott han sido tan estimulantes y decisivas que, por seguir con la crítica arbitrista que experimenta Castilla como consecuencia de la

4. Ruggiero Romano, *Coyunturas opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993. Son muy escasos los estudios que detallan las interactuaciones de la España peninsular con Italia, el norte de África y América. El mejor de todos ellos es el de Bartolomé Bennassar y Bernard Vincent: *España. Los Siglos de Oro*, Barcelona, Crítica, 1999.

decadencia económica y política, hoy es posible repensar parte del siglo XVII hispano gracias a que están emergiendo discursos de similar factura a los de Cellorigo aunque de temática y preocupación colonial<sup>5</sup>.

Otra lectura posible de *LDEI* nos la proporcionan las «conexiones históricas» y los entrecruzamientos. El historiador, como si se tratara de un electricista, tiene que reconectar lo que, en el pasado –un mundo más global de lo admitido– no estaba desconectado. Señalaré algún ejemplo de ello. El Imperio turco del siglo XVII, soportado en una superestructura cada vez más costosa y compleja, similar a la de las monarquías de Francia o España, es presentado por Bernard Lewis como menos aislado e impermeable de lo que tradicionalmente se pensaba gracias al asentamiento de banqueros y mercaderes europeos, así como a la difusión entre las élites estambulitas de importantes obras escritas a finales del XVI como el *Tarih-i Hind-i garbi* (*Historia de la India occidental*), que fue el libro de referencia para conocer la flora, fauna e «historia reciente» de la América española hasta bien entrado el XVIII<sup>6</sup>. Pero existen más paralelismos y preguntas que esperan estudios y respuestas. Así, si España entra en crisis

5. José Antonio Martínez Torres, «Juego de espejos. Conquista terrenal y conquista espiritual de los ibéricos en África occidental, 1575-1660», *Melanges de la Casa de Velázquez*, número 48 (2018), pp. 53-77; José Antonio Martínez Torres, «Arbitrismo e imperio. Los memoriales de Pedro de Baeza sobre las Indias orientales, 1607-1609», *Historia Social*, número 98 (2020), pp. 149-164.

6. Serge Gruzinski, *¿Qué hora es allá? América y el islam en los albores de la modernidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015; Serge Gruzinski, *¿Para qué sirve la historia?*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, pp. 140 y ss; y Sanjay Subrahmanyam, *Connected History: Essays and Arguments*, Londres y Nueva York, Verso, 2022.

económica en 1590, Italia lo hace también, pero casi un siglo más tarde, en 1680. El caso italiano, sobre todo el que proporcionan las poblaciones del norte (Génova, Florencia y Milán), es particularmente angustioso. Con precaución y reserva, el declive de regiones como Liguria, Toscana y Lombardía se puede asemejar al que sufrieron antes algunas de las localidades manufactureras más punteras de la Corona de Castilla. De ser una geografía desarrollada, importadora de productos primarios y exportadora de bienes manufacturados y servicios, Italia, como la España peninsular, se convirtió en un espejismo de lo que fue importando artículos manufacturados y exportando productos primarios. El modelo de crisis español e italiano comparte elementos comunes con el que proporciona la República de Holanda estudiada por Charles R. Boxer, si bien la debacle se produce mucho más tarde que en España y unas décadas después que Italia, casi a mediados del siglo XVIII, en el denominado «periodo Periwig» (*pruikentijd*). Las pesquerías (arenque, bacalao y ballena) y manufacturas serán las industrias más afectadas generando una pobreza creciente en localidades anteriormente prósperas como Leiden. A diferencia de España, en Holanda no coincide la crisis económica y política con el momento de mayor esplendor cultural, pues para Holanda la centuria buena fue el XVII. Las obras de Hugo Grocio (*Mare liberum* y *De iure belli ac pacis*, 1609 y 1625 respectivamente), los lienzos y tablas de Vermeer y Rembrandt, así como la explotación de cerámica de Delft dan buena cuenta de la influencia política, cultural y mercantil de la VOC (*Vereenigde Oostindische Compagnie*) no solo en Europa, sino sobre todo en

el sudeste de Asia (Batavia), China (Formosa) y Japón (islot de Dejima, en la bahía de Nagasaki)<sup>7</sup>.

En suma, *LDEI* es un auténtico clásico de la historiografía porque, como decíamos al inicio, nunca termina de decir lo que tiene que decir. Su lectura, al modo de *Rayuela* de Julio Cortázar, puede hacerse en varias direcciones, de atrás hacia delante, de delante para atrás, e incluso podemos focalizar nuestra atención en los ensayos centrales. El orden elegido no altera el producto final, sino que lo enriquece más gracias a que es posible establecer conexiones con lugares, épocas y situaciones aparentemente distintas. Y es que leer *LDEI* es una aventura, una enriquecedora aventura que nos proporcionará claves para comprender el mundo de ayer, el de hoy y sobre todo el de mañana gracias a un sólido trabajo de investigación y análisis que no exhibe los resultados en forma de áridas curvas de frecuencia y tablas seriadas. Aquí hay una apuesta firme por la *mise en scene* invisible, y ésta, como no podía ser de otra forma, prioriza el relato, un relato bien estructurado y escrito, ya sea de la Roma imperial, de la España del Siglo de Oro o de la Turquía de los opulentos sultanes y pachás. Aunque solo sea por estas razones, merece la pena leer (o releer) este libro.

José Antonio Martínez Torres  
Profesor Titular de Historia Moderna  
Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid

7. Timothy Brook, *El sombrero de Vermeer*, Barcelona, Tusquets, 2008; y Timothy Brook, *El Gran Estado. China y el mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 2021.



# Agradecimientos

Los editores desean dar las gracias a las siguientes personas o entidades por haber autorizado la reproducción de materiales procedentes de las publicaciones que a continuación se indican:

Al profesor Aurelio Bernardi por su artículo en *Studia et Documenta Historiae et Iuris*, vol. XXXI, 1965; a la editorial Boringhieri por un artículo en *Storia dell'economia italiana*, 1959; a Hutchinson Publishing Group Ltd. y a Alfred A. Knopf, Inc., por *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800*, de C. R. Boxer; a Oxford University Press por *The Emergence of Modern Turkey*, de Bernard Lewis; a Past and Present por un artículo en *Past and Present*, núm. 20, 1961; a Rutgers University Press por *Byzantium: Greatness and Decline*, de Charles Diehl; a The Viking Press, Inc., y Chattio and Windus Ltd. por *Aspects of Antiquity: Discoveries and Controversies*, de M. I. Finley; a Editorial Ariel y a Pierre Vilar por su artículo «El tiempo del Quijote».





# Prólogo

Como alguien ha dicho, «el desarrollo no es una teoría, es un proceso histórico». Lo mismo cabe decir de la decadencia. Esto implica dos corolarios.

Primero: el culto totémico de los instrumentos analítico-técnicos puede servirnos de poderosa ayuda en nuestro análisis económico, pero puede, en cambio, ocultarnos fácilmente el contexto cultural y la relación de la ciencia económica con el conjunto. Hay que penetrar más allá de las relaciones capital-producto, de los coeficientes de productividad, de los rendimientos marginales, de las funciones de producción, etc., e intentar identificar las fuerzas socioculturales que condicionan tanto las variables económicas como sus parámetros.

Segundo: aunque no podamos resistir la tentación de trazar grandiosos paralelos entre los diferentes ejemplos históricos de decadencia (cf. el capítulo primero), hemos de tener presente en todo momento que cada deca-

dencia es un caso propio, que para comprenderlo en toda su integridad ha de ser estudiado en su individualidad histórica y en sus propios términos humanos.

C. M. C.

# 1. Carlo M. Cipolla

## Por una teoría general de la decadencia económica

¿Por qué los imperios decaen y se hunden? ¿Qué «leyes» o «mecanismos» regulan este ciclo aparentemente fatal que parece reproducir en gran escala el ciclo ontogénico de la vida y la muerte? El problema ha preocupado a filósofos e historiadores de todos los tiempos. Y entre otros, me ha preocupado a mí, nativo de un país que por dos veces a lo largo de su historia ha entrado en la decadencia.

Siempre que examinamos el caso de imperios decadentes, echamos de ver que sus economías, por lo general, se están tambaleando. Las dificultades económicas de los imperios en decadencia presentan notables analogías. No es absurdo tratar de identificar estas analogías con tal de que tengamos presente que las historias individuales se caracterizan por elementos importantes de originalidad.

A primera vista parece que la decadencia económica puede definirse fácilmente como la inversa del creci-

miento económico. Esto no sería un círculo vicioso porque en tiempos recientes el crecimiento económico ha sido definido con satisfactoria precisión, pero no sería correcto. Teóricamente, el crecimiento puede continuar de modo indefinido. La decadencia, no; pasado cierto punto la sociedad declinante, simplemente muere. Ejemplos de sociedades cuya renta *per capita* disminuyó durante un período de tiempo no son difíciles de encontrar en la historia escrita. En el caso de Italia y España en el siglo XVII, la decadencia absoluta duró indudablemente desde 1620-1630 hasta los dos últimos decenios del siglo. Sin embargo, después de la década de 1690, la tendencia pareció invertirse. Pero toda vez que otros países estaban creciendo más deprisa, Italia y España no sólo no recobraron su preeminencia, sino que progresivamente fueron perdiendo terreno. En esta última fase de su historia económica, Italia y España estaban declinando en relación con otros países aun cuando estuvieran creciendo en términos absolutos. En el dilatado horizonte histórico, cuando las sociedades no mueren, todos los casos de decadencia resultan ser finalmente casos de decadencia relativa.

Si podemos tener al mismo tiempo decadencia y crecimiento, es obvio que no podemos definir una como la inversa del otro. Además, el concepto de decadencia económica relativa es ambiguo. Si las sociedades existentes crecen a ritmos diferentes, todas menos una –la tasa de crecimiento máxima– están declinando relativamente. Esto nos llevaría demasiado lejos. Por esta razón, en las páginas siguientes, el término «decadencia» se utiliza en un sentido lato para significar, *grosso modo*, una pér-

dida de preeminencia. El término «imperio», en el sentido en el que aquí lo utilizo, no implica una descripción exclusivamente política. Hace referencia también a un predominio económico o cultural, como el de los Estados italianos en la Edad Media o los Países Bajos en el siglo XVII.

Las decadencias más sencillas de analizar serían, naturalmente, las ligadas a una catástrofe de la clase que fuera. Si la legendaria Atlántida hubiera existido alguna vez, nos proporcionaría el mejor ejemplo de decadencia catastrófica. En el mundo industrial nos estamos acostumbrando a la desagradable idea de que los países podrían desaparecer en un cataclismo atómico. Pero una calamidad externa no siempre puede suponerse como causa suficiente de la decadencia de una civilización. Con gran frecuencia la cuestión se complica por la falta de una adecuada respuesta al reto, y entonces hay que explicar esa falta de respuesta. Por otra parte, las catástrofes no siempre son auténticos factores exógenos. Algunos acontecimientos catastróficos, que a primera vista parecen exógenos, pueden tener sus raíces en la historia de la sociedad que trastocan. Las invasiones de extranjeros pueden verse estimuladas por el desorden interno, tanto político como social. El caso de China demuestra que ni siquiera las inundaciones pueden considerarse siempre como factores exógenos. Las inundaciones pueden ser consecuencia de la falta de obras públicas o de talas excesivas, que a su vez pueden atribuirse a ineficiencia burocrática o a malas condiciones económicas, políticas y sociales. En cualquier caso, la desaparición de imperios debida a catástrofes ha sido extraordinariamente rara en